
**EL PROFESOR BEJARANO
Y LA CORRIENTE PRINCIPAL
DE LA ECONOMÍA**

Mauricio Pérez Salazar

Universidad Externado de Colombia

Resumen

Pérez Salazar, Mauricio, "El profesor Bejarano y la corriente principal de la economía", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, páginas 199-218

La preocupación por el método y el alcance de la economía fue un tema recurrente en la obra económica de Jesús Antonio Bejarano, para quien la corriente principal de la economía estaba en crisis. Este ensayo expone sus críticas al paradigma de la corriente principal. Toma como base el hecho que la evolución de la definición de la economía desde John S. Mill a Lionel Robbins llevó a una falsa analogía entre la disciplina y las ciencias naturales, en especial la física. Según Bejarano, ello generó graves problemas metodológicos y empobreció el pensamiento económico de la corriente principal, que es ainstitucional, apolítico y amoral.

Abstract

Pérez Salazar, Mauricio, "Professor Bejarano and mainstream economics", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, pages 199-218

One of the main concerns in Jesús Antonio Bejarano's economic writings was the scope and method of economics. He sustained that mainstream economics was going through a period of crisis. This essay explores his critique of the paradigm of mainstream economics. It argues that the evolution of the definition of economic science from John S. Mill to Lionel Robbins led to a false analogy between this discipline and the natural sciences, especialy phyiscs. Bejarano considered that this implied both grave methodological problems and an unwarranted impoverishment of mainstream economic thought, which which neglects institutional, political and ethical issues.

Obsérvese, por ejemplo, esta sorprendente afirmación del profesor Reynolds: 'el descenso del interés por la metodología refleja indudablemente la creciente madurez y autoconfianza de la economía en cuanto disciplina...' Y enseguida cita al profesor Samuelson: 'Las ciencias débiles gastan tiempo en hablar del método porque Satanás siempre encuentra tarea para los ociosos'. Yo, por mi parte me declaro inmaduro, desconfiado y ocioso y debo hablar del método.

Jesús Antonio Bejarano

EL SENTIDO DEL PROBLEMA

En opinión de Jesús A. Bejarano, la capacidad para definir claramente los problemas era el punto de partida de cualquier actividad intelectual. En una reflexión sobre los retos de la enseñanza de la economía, concedió un lugar especial al “sentido del problema” en la formación académica. Pensaba que todo ejercicio de razonamiento teórico corre el riesgo de ser ocioso si no se ha formulado previamente la pregunta que intenta responder.

Todo ‘sistema’ no es más que una opción teórica frente a un problema o un conjunto de problemas. El verdadero espíritu científico lo que sabe es plantear problemas... [Si] no hay *identificación del problema*... el orden del razonamiento está incompleto. La enseñanza de la teoría debe comenzar siempre por mostrar la necesidad de *tener* una teoría para explicar un problema definido previamente y no de *saber* una teoría, lo que en sí mismo no pasa de ser una erudición inútil [Bejarano 1981, 17].

La pertinencia de esta idea trasciende el ámbito pedagógico y atañe también a la producción de conocimientos. Su distinción entre ‘ciencia de manual’ y ‘ciencia de revista’ descansa en buena medida en el hecho de que los textos de enseñanza suelen presentar la respectiva disciplina como una urdimbre bien tejida de conocimientos, sin defectos, sin discontinuidades, sin historia y sin problemas por resolver [Bejarano 1981, 16]. Y la diferencia entre investigación y consultoría depende de quién define el problema: en el primer caso, lo define el investigador, mientras que en el segundo, lo decide el cliente.

Es inevitable entonces que antes de hacer economía sea necesario pensar en las preguntas que se deben contestar y en la manera más adecuada de contestarlas. La respuesta irónica de Bejarano a Reynolds y a Samuelson surge de su incesante búsqueda de un orden *completo* en el razonamiento económico.

La división tripartita de las esferas de conocimiento que propuso Isaiah Berlin es un buen punto de referencia para aproximarse a la pregunta por el método y el alcance de la economía desde la perspectiva del “sentido del problema”. Berlin señaló la existencia de tres tipos de conocimiento: los sistemas cerrados, los que tienen base empírica cierta y la filosofía [Berlin 1962]. Si bien su argumento es una defensa de la vigencia de la filosofía, también es pertinente para entender qué es la economía como disciplina académica y cómo procede su comunidad académica en la construcción de conocimiento.

La clasificación de Berlin supone una gran diferencia entre sistemas cerrados y ciencias empíricas, por una parte, y filosofía, por la otra. Los dos primeros tienen una gran ventaja metodológica: la certeza en cuanto a los procedimientos que se deben aplicar para encontrar la respuesta correcta a los problemas.

Los sistemas cerrados —entre ellos las matemáticas, la lógica, el ajedrez y la heráldica— “se definen en términos de algunos axiomas y de ciertas reglas de deducción, etc., donde la respuesta a los problemas se debe encontrar mediante la aplicación de dichas reglas en la forma que se considera correcta” [Berlin 1962, 2]. Dados unos supuestos, que se pueden variar arbitrariamente —un buen ejemplo es la geometría no euclidiana que Riemann construyó cambiando apenas uno de los postulados de Euclides— siempre hay un procedimiento para llegar a una única respuesta correcta a cualquier problema.

La certeza epistemológica también existe en las ciencias empíricas, naturales o ‘duras’. La observación empírica y las teorías que explican sus resultados interactúan de manera permanente, pero hay una regla para resolver cualquier conflicto: la tiranía de los hechos. Cualquier evidencia sólida que sea inconsistente con la teoría aceptada en un momento dado la envía al basurero de la historia de la ciencia. Las ciencias empíricas tienen reglas acerca de la transformación de las observaciones en datos (el método científico), los procedimientos de contrastación entre enunciados teóricos y resultados de la observación, y la consistencia interna de las proposiciones teóricas que su comunidad académica acepta en un momento dado. Sin embargo, en ellas, el progreso del conocimiento se da por supuesto, porque la ciencia se nutre de nuevas observaciones empíricas. En los sistemas cerrados, y dados ciertos supuestos, la ‘verdad’ o respuesta cierta a un problema es inalterable. Comparemos, por ejemplo, el lugar actual de los *Elementos* de Euclides y de la *Física* de Aristóteles en sus campos respectivos. No se trata de que uno fuera más inteligente o previsor que el otro: la naturaleza de los problemas que abordaron y de sus metodologías era distinta.

Berlin sostiene que, a medida que ha pasado el tiempo, el ámbito de los sistemas cerrados y de las ciencias empíricas se ha ampliado, en detrimento del espacio

que queda a la filosofía, esa “canasta intermedia, en la que viven todas aquellas preguntas que no caben fácilmente en las otras dos” [Berlin 1962, 3]. También afirma que muchos de los problemas que se han intentado trasladar a los dominios de la ciencia desde la política y la sociología siguen perteneciendo a la filosofía, por cuanto no admiten una respuesta acorde con las exigencias metodológicas de aquélla. Seguimos en el terreno de la opinión, del debate entre puntos de vista distintos, y no hay método generalmente aceptado para resolver las diferencias. Y —concluye Berlin— esa carencia metodológica asevera la plena vigencia de la filosofía frente a disciplinas más ‘modernas’ o avanzadas.

¿Aporta algo esta clasificación de saberes a la definición del ‘problema’ de la economía? El presente ensayo busca trazar la senda de indagación que siguió Jesús A. Bejarano en sus escritos sobre el problema de la economía y, por tanto, sobre su alcance y su método. Para algunos de sus practicantes, ésta es un sistema cerrado; para otros, una ciencia empírica; y para otros, no ha salido de la indeterminación metodológica de la filosofía. Las contradicciones entre estos enfoques llevaron a lo que Bejarano llamara la crisis de la disciplina, que lo autorizaba como economista para declararse inmaduro, desconfiado y ocioso. Pero el problema no era suyo sino de la economía en general.

DE MILL A ROBBINS: LA PÉRDIDA DE LA HUMILDAD

En una conferencia inédita, pronunciada ante un congreso de la Federación Nacional de Estudiantes de Economía, Bejarano expuso en forma sistemática su visión de la crisis de la economía. Luego de advertir que “quienes se van a dedicar a la ciencia y a la academia van a tener que aprender dos o tres veces en el curso de sus vidas porque las ciencias se van renovando y la ciencia que hoy tenemos es en gran medida distinta de la que nos enseñaron en un comienzo”, describió así la primera de las aserciones básicas de la enseñanza que había recibido:

La economía es la ciencia que estudia la asignación de recursos escasos a fines limitados;... por lo tanto, el propósito del análisis económico se reduce al significado de cuatro palabras: escasez, maximización, eficiencia, asignación; parodiando a Samuelson, basta con que se enseñe a alguien el significado de estas cuatro palabras y cierta habilidad para combinarlas y hélo aquí convertido en economista. En definitiva, pues, la economía es la ciencia de la escasez y de la asignación generalizada de recursos [Bejarano 1996-1997, 3].

Aunque no la cita, es clara la alusión a la célebre definición de Lionel Robbins, que determinó en gran medida el programa intelectual de la corriente principal de la economía en la segunda mitad del siglo XX: “La Economía es la ciencia que estudia la conducta humana como una relación entre fines y medios limitados que tienen diversa aplicación” [Robbins 1935, 39].

El alcance que Robbins dio a la economía fue revolucionario en su momento, por cuanto zanjó en apariencia un debate iniciado un siglo antes, con el sur-

gimimiento de la economía como disciplina. Robbins cambió conscientemente el 'problema'. Conviene preguntar cómo lo entendían sus antecesores, y hasta qué punto el planteamiento de Robbins dejó de lado preguntas que eran cruciales para las generaciones anteriores.

John Stuart Mill escribió su ensayo acerca de la definición y método de la economía política entre 1829 y 1830 [Mill 1844]. Si bien fue una obra de juventud, reprodujo su argumento en la *Lógica* y los *Principios de Economía Política*. Vale la pena mencionar dos antecedentes: el temprano deslumbramiento de Mill con el pensamiento de Bentham, y la crisis existencial de 1826 que lo llevó a reconsiderar su sistema personal de valores y la aplicabilidad del esquema conceptual del utilitarismo a la economía y las demás ciencias sociales. Pero Mill no renunció a esa doctrina filosófica, que era en su tiempo y sigue siendo la base de la disciplina económica. En todo caso, cabe destacar cuán cercano es este texto a los *Principios* de Ricardo, publicados doce años antes.

Sobre el método de Bentham, Mill dijo, casi medio siglo después, en su *Autobiografía*:

me sentí levantado a una cima desde la que pude abarcar un vasto dominio mental y ver prolongarse en la distancia resultados intelectuales más allá de todo cálculo. Conforme avanzaba, parecía que a esta claridad intelectual se agregaban las más sugestivas esperanzas de mejoramiento práctico en los asuntos humanos [Mill 1873, 47].

Un solo esquema de análisis de la conducta humana —el de Bentham— era suficiente para explicar todos los hechos sociales y formular políticas públicas óptimas. La única dificultad era explicarle a la humanidad la nueva fe, tarea de apóstoles como Mill. Se les denominaba "economistas", con una connotación ideológica más que académica. Así pensaba Mill hasta 1826. Luego vino la angustia. El individualismo metodológico dejó de deslumbrarlo. "Comprendí que si no veía el camino hacia alguna esperanza mayor, hacia la felicidad humana en general, mi melancolía debía continuar; pero que si lograra ver tal derivación, podría mirar el mundo con placer" [Mill 1873, 97]. La función de utilidad individual, la felicidad —de Mill o de quien sea— depende de la de otros. La introspección lo llevó a concluir que el bienestar no se puede entender con referencia exclusiva al individuo y tampoco se puede analizar únicamente desde la perspectiva del cálculo utilitario de Bentham.

El acercamiento de Mill a su definición de la economía política comienza con una observación acerca de la historia de la ciencia. Aunque el orden lógico de las cosas —como afirma Bejarano— es que la formulación del problema que aborda cada ciencia precede al desarrollo de esa ciencia, el orden cronológico suele ser inverso. "A semejanza de la muralla de una ciudad, de ordinario se ha levantado no para servir de receptáculo a los edificios que después pudieran erigirse allí, sino para circunscribir a los que ya existen" [Mill 1844, 120].

Mill procede a criticar algunas definiciones corrientes en su tiempo. Una de ellas, la que se desprende del título del libro de Adam Smith: "La economía política es la ciencia que enseña o pretende enseñar la forma en que una nación

se puede enriquecer" [Mill 1844, 122]. La rechaza con un argumento derivado de la diferencia entre lo que hoy se denomina economía positiva ('ciencia', en el léxico de Mill) y economía normativa (que para Mill pertenece a las 'artes'). Para él, la 'ciencia' es un conjunto de conocimientos o verdades, mientras que el 'arte' tiene dos componentes: unos fines establecidos de manera exógena y unas reglas o prescripciones para alcanzarlos. Tales reglas no son parte de la ciencia sino una consecuencia de los conocimientos que ésta ha alcanzado.

Otra definición que Mill descarta es la de "ciencia de las leyes que regulan la producción, distribución y consumo de la riqueza". Para Mill, esta formulación es demasiado amplia. Por una parte, es necesario precisar que el ámbito de la economía se limita a la conducta humana y, por tanto, excluye las ciencias naturales y las artes correspondientes, por ejemplo, la ingeniería o la agronomía, que también se interesan en la técnica de la producción de riqueza. Pero aun aceptada esta distinción, se requiere una restricción adicional. Para Mill, es evidente que los hechos económicos ocurren en el marco de la sociedad. Sin embargo, los arreglos sociales y políticos no se pueden explicar completamente a partir del postulado metodológico de la ciencia de la economía política, puesto que ésta

no trata de la totalidad de la naturaleza humana, como ha sido modificada por su estado social, ni de la totalidad de la conducta del hombre en sociedad. Se interesa en él sólo como un ser que desea poseer riqueza y capaz de juzgar la eficiencia comparativa de los medios para ese fin. Predice sólo aquellos fenómenos del estado social que ocurren como consecuencia de la búsqueda de riqueza. Hace caso omiso de toda otra pasión o motivación humana, salvo dos que son antagonistas permanentes del deseo de riqueza: la aversión al trabajo y el deseo del disfrute inmediato de costosos deleites... No es que economista político alguno haya sido jamás tan absurdo como para suponer que la humanidad realmente así sea, pero porque ésta es la forma como necesariamente debe obrar la ciencia. Cuando un efecto depende de la concurrencia de causas múltiples, esas causas se deben estudiar una a la vez, y sus leyes investigarse por separado, si queremos mediante el conocimiento de causa, llegar a poder predecir o controlar ese efecto [Mill 1844, 137-139].

Mill postuló que la economía política era apenas una rama de una ciencia más amplia, aún por hacer, que se podría llamar economía social, política especulativa o historia natural de la sociedad. Sin embargo, su delimitación del dominio de la ciencia económica tuvo dos corolarios de la mayor importancia. Primero, la exclusión del problema de la distribución de la riqueza del ámbito de la ciencia económica, por cuanto ese resultado depende de factores —entre ellos la historia, las costumbres y las instituciones— y motivaciones —como el afecto, la conciencia y el deber— que no hacen parte de su objeto de estudio. Segundo, el establecimiento de la frontera entre la economía y la ética, siendo ésta un 'arte', o disciplina normativa que sí puede hacer prescripciones.

Mill concluye proponiendo la siguiente definición: "La ciencia que traza las leyes de aquellos fenómenos de la sociedad que resultan de la acción conjunta de la humanidad en la búsqueda de riqueza, en la medida en que esos fenómenos no sean alterados por la búsqueda de cualquier otro objeto". Advirtió,

además, la dificultad de utilizar el método experimental en economía y de lo que llamó “causas perturbadoras”: las que no se contemplan en el análisis o las que simplemente no se consideran en el marco teórico de la disciplina. La definición de ciencia económica que Mill propone es modesta, prudente y llena de condiciones. La explicación se halla en los límites inevitables del conocimiento económico, dada su metodología reduccionista, ante la inmensa complejidad de los problemas que estudia [Mill 1844, 140].

En 1913, cuando Wicksteed eligió como tema de su alocución presidencial ante la sección F de la Asociación Británica, el alcance y el método de la economía política, el panorama de la disciplina había cambiado en forma radical. Ya había ocurrido la revolución marginalista, y dedicó la mayor parte de su exposición a explicar las implicaciones de ese nuevo método. Sin embargo, el interés principal de su escrito radica en tres puntos: presupone la escasez como principio ordenador de la actividad humana en lo económico y en otros campos, incorpora la ética dentro de la disciplina y presenta su visión de la relación entre la economía y otras ciencias sociales [Wicksteed 1914].

Wicksteed prefijó lo que sería el argumento central de Robbins. El enfoque marginal (diferencial, en su terminología)

pondrá fin a todos los esfuerzos por encontrar las ‘leyes’ de nuestra conducta en las relaciones económicas. No las hay. Hasta ahora, la mayoría de los economistas han tenido la vaga conciencia de que las leyes últimas de la conducta económica deben ser psicológicas y, ante la necesidad de delimitar las fronteras de su objeto de estudio, han intentado hacer una selección de las motivaciones y propósitos que encuentran en esa conducta. De allí la psicología simplificada del ‘hombre económico’, hoy casi abandonada, pero de mala gana, por pedazos, bajo presión... No hay necesidad de definir la motivación económica, ni la psicología del hombre económico, por cuanto *la economía estudia un tipo de relación, no un tipo de motivación, y la ley psicológica que domina la economía domina la vida entera* [Wicksteed 1914, 9, énfasis añadido].

Según Wicksteed, el modelo de la conducta maximizadora que se desprende del análisis marginal resuelve varios problemas fundamentales al mismo tiempo. Ofrece una respuesta satisfactoria al problema de la distribución, quizás el punto más débil de la economía clásica. Explica el comportamiento de los individuos dentro y fuera de los mercados de una misma manera. Permite extender ese modelo para explicar actividades como el amor, la estética y la actividad académica. Cuando un enamorado decide visitar su novia en vez de ir a una cita de negocios y cuando un investigador decide escribir un artículo en vez de revisar la literatura más reciente en su campo, eligen con base en los mismos principios y la misma racionalidad que los productores y los consumidores en el mercado. Y, por último, permite prescindir del incómodo artificio del hombre económico, fundamento de la teoría económica de Mill y sus antecesores.

Wicksteed fue más allá. Encomió al mercado como organización espontánea que permite transmutar lo que cada uno tiene en lo que cada uno quiere. Con un entusiasmo digno de mejor causa, afirmó que la economía y la ética compartían el método.

La virtud, la sabiduría, la astucia, la prudencia, el éxito comportan distintos sistemas de valores, pero todos remiten a la ley que Aristóteles formuló en referencia a la virtud y que los escritores contemporáneos analizan con referencia a los negocios, puesto que todos esos sistemas consisten en la combinación de factores, en la proporción correcta, de acuerdo con la distribución de recursos que establece el equilibrio... para lograr el objetivo deseado [Wicksteed 1914, 5].

Wicksteed llegó incluso a sostener que la ética aristotélica y la economía marginalista eran aplicaciones gemelas del mismo principio básico. Sin embargo, precisó que el mercado y su organización son medios, mientras que la determinación y valoración de los fines de la actividad individual y colectiva son éticos y, por tanto, no caen en el ámbito de la economía.

Por ello, la economía es sólo una de las disciplinas necesarias para entender la interacción de los hombres en sociedad. Una mejor comprensión de cómo funcionan los mercados lleva a la convicción de que éstos no operan en un vacío y, pese a sus avances metodológicos, la economía siempre estará al servicio de la sociología. A este respecto, la visión de Wicksteed acerca de la jerarquía de las ciencias sociales no difiere mucho de la de Mill [Wicksteed 1914, 12].

El *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica* de Robbins pretendía ser una declaración de mayoría de edad y de emancipación de la economía. El uso de la palabra 'ciencia' en su título marca distancias con sus antecesores. No le atribuye el significado de Mill: el componente positivo de una disciplina que se distingue de sus aspectos normativos. Es una clara alusión a las ciencias 'de verdad', las naturales.¹ De hecho, parte de la innovación de la obra de Robbins es el recurso a los desarrollos recientes de la filosofía de las ciencias, y su incorporación a la discusión del trabajo de economistas del continente europeo; lo que buscaba oxigenar la tradición británica. También es novedoso, al menos frente a los textos de Mill y de Wicksteed, su tono polémico y a veces áspero.

Robbins siguió el mismo camino de Wicksteed al definir el problema central de la economía en términos de la respuesta a condiciones de escasez, y al señalar que esa respuesta es una característica general de la conducta humana. Esa conducta

toma por necesidad la forma de una elección cuando el tiempo y los medios para lograr determinados fines son limitados y susceptibles de ser aplicados optativamente y

1 Sin embargo, Robbins advertía en su ensayo que "Quizá... [una] de las diferencias metodológicas entre las ciencias naturales y las sociales [sea que]... en aquéllas, la transición de lo cualitativo a lo cuantitativo es fácil e inevitable. En las ciencias sociales, por razones que ya se han expuesto, en cierto sentido es casi imposible y la acompañan peligros y dificultades: teniendo en cuenta lo que ha sucedido, probablemente se ocasione menos daño subrayando las diferencias entre las ciencias sociales y naturales que insistiendo en sus semejanzas" [Robbins 1935, 152-153].

cuando los fines se pueden diferenciar uno de otro. Toda acción que requiere tiempo y medios escasos para lograr un fin, supone la renuncia a usarlos para alcanzar otro fin [Robbins 1935, 36].

El núcleo de la economía es, entonces, una teoría general de la elección cuyo ámbito se extiende a cualquier actividad, dentro o fuera del marco de las relaciones sociales.

Para Robbins, la economía tiene una capacidad explicativa ilimitada, sin que tenga necesidad de apoyarse en otras disciplinas. Admite que puede haber variables exógenas al campo del análisis económico —hechos políticos o sociales— que pueden afectar la validez de sus resultados, pero las califica de “penumbras” psicológicas y sociológicas que, “por meras razones prácticas, conviene frecuentemente tomar en cuenta”, sin olvidar que sus generalizaciones “no tienen el mismo grado de probabilidad” de las de la economía. Su discusión de la relación entre la ciencia política y la economía es muy ilustrativa. Aunque empieza señalando que lo político es el resultado de una elección y, por tanto, entra en su definición de la economía, se muestra escéptico ante la posibilidad de lograr algo valioso porque “el concepto de interés implícito en todas estas explicaciones es subjetivo. Es una función de lo que el público cree y siente. Y en la Economía no existe ninguna técnica que nos permita pronosticar estas perturbaciones del espíritu” [Robbins 1935, 180-181].

En todo caso, como lo que se estudia es un aspecto de la conducta humana en situaciones de escasez, Robbins afirma que las generalizaciones económicas son aplicables en todo tiempo y lugar. “Las leyes económicas son inevitables” —dice— y es particularmente duro con los institucionalistas y los historicistas por dudar de ese hecho [1935, 164 y 116-119]. Según Robbins, el método por excelencia de la ciencia económica es el deductivo y análogo al de la mecánica. “En la mecánica pura se exploran los efectos que se derivan de que los cuerpos tengan ciertas propiedades. En Economía pura examinamos la propiedad de que existan medios escasos susceptibles de usos diversos” (*ibíd.* 119). Puede decirse que la solidez del razonamiento deductivo depende de sus postulados básicos, pero Robbins se muestra especialmente seguro en este campo. En últimas, y sin la necesidad de invocar ninguna doctrina psicológica en particular, obtenemos el postulado de la elección frente a la escasez de una fuente directa: la introspección.

En Economía, como ya vimos, conocemos los elementos constitutivos últimos de las generalizaciones fundamentales por familiaridad inmediata. En las ciencias naturales sólo los conocemos por inferencia. Hay mucho menos fundamento para dudar de la contrapartida que en la realidad tiene el supuesto de las preferencias individuales que de la del supuesto del electrón [Robbins 1935, 145].²

2 Blaug [1992] es muy crítico de esta afirmación, que considera contraevidente. Ver su discusión del ensayo de Robbins [1935, 76-79].

Sin embargo, la comparación entre la economía y las ciencias naturales es menos favorable para ésta en el uso de la inducción, de la capacidad predictiva y de la relación entre el sólido armazón de generalizaciones económicas que describe Robbins. Su respuesta se puede resumir en cuatro palabras “eso es muy complicado”. En el quinto capítulo de su ensayo, expone una serie de argumentos sobre las causas del deficiente desempeño de la economía en este terreno, entre ellos la falta de información, los exigüos resultados de quienes han hecho trabajos empíricos partiendo de bases metodológicas distintas de la economía, la transformación de las manifestaciones de la escasez y la injerencia de factores exógenos, invenciones, guerras y crisis. Admite que los trabajos empíricos tiene cierta utilidad, limitada, porque contribuyen al desarrollo de la teoría económica. Pero confía más en el método analítico deductivo.

Sus conclusiones son inevitables e ineludibles si la correspondencia entre los supuestos iniciales y los hechos está garantizada... conocidos los datos de una situación particular, puede obtener conclusiones inevitables con respecto a sus consecuencias [Robbins 1935, 165-166].

El último aspecto crucial de la obra de Robbins en cuanto a la definición del alcance de la ciencia económica es su consideración de la ética. Comparte con Mill y Wicksteed la idea de que los juicios éticos no tienen cabida dentro de la economía, pero por razones distintas. Para Robbins, la ciencia económica está libre de valores, *Wertfrei* en el sentido de Max Weber, por cuanto la economía se ocupa de los medios para alcanzar ciertos fines, y trata éstos últimos como algo dado, como hechos subjetivos convertidos en datos objetivos susceptibles de análisis económico. Con ese mismo argumento, concluye que es imposible hacer realizar comparaciones interpersonales de utilidad. Pero ese argumento puede encerrar una contradicción: el método de la economía, tal como lo define Robbins, no permite hacer tales comparaciones, pero sienta las bases para descalificar los intentos de hacerlas desde otras disciplinas, incluida la ética. Siguiendo a Mill y la tradición que remonta a David Hume, afirma que la economía no puede ignorar la división entre los problemas relacionados con el ‘ser’ (tema de la economía) y los del ‘deber ser’, que pertenecen a la ética. No niega que un economista pueda preocuparse de la ética, a título personal y sin comprometer para nada a su disciplina. Pero a renglón seguido, incurre en otra contradicción: incluir la economía aplicada en el dominio de la ciencia económica. (Para Mill, lo normativo pertenecía al campo de las ‘artes’). Según Robbins, “la economía aplicada consta de proposiciones del tipo: ‘si quiere hacer esto, tiene que hacer aquello’” [1935, 198]. No es evidente que el economista, en ejercicio de su profesión, ignore que sus recomendaciones pueden ser acogidas. Por ello le pagan los análisis de costo-beneficio que realiza. Es difícil aceptar que, con respecto a los fines que se persiguen, “eso no es problema mío” en aras de la neutralidad científica.

Es imposible exagerar la influencia del programa de investigación científico de Robbins en las décadas posteriores a su obra pero, desde la perspectiva de las

tres categorías del conocimiento propuestas por Berlin, la ciencia económica, según la define Robbins, es un animal curioso, una suerte de hipogrifo.

Comparte características de los sistemas cerrados, como las matemáticas, por su método deductivo y por los alcances que atribuye a sus generalizaciones, que no dependen ni son fácilmente desvirtuados por la observación empírica. Sin embargo, como las ciencias empíricas, pretende brindar respuestas ciertas acerca del mundo que nos rodea. La premisa de dichas generalizaciones y respuestas —la introspección— tiene una base epistemológica “más sólida” que las observaciones de las ciencias naturales.

La economía se declara libre de juicios de valor, que pertenecen al dominio de la filosofía, pero puede hacer recomendaciones para la acción (donde es ineludible alguna valoración de los fines) que son ‘superiores’ a las de disciplinas que padecen esa tara. Por cierto, Robbins termina su ensayo con una frase que tiene un sospechoso parecido con un juicio de valor: “en últimas, la significación de la economía, si no su propia existencia, depende de una valoración final: de la afirmación de que es deseable la racionalidad y la habilidad para elegir con conocimiento” [Robbins 1935, 208]. El hecho de que no se esté o no de acuerdo con esta proposición no le quita su carácter de valoración.

La crisis que Bejarano advierte en el programa de investigación de la corriente principal obedece en parte a que ésta no ha podido superar su indefinición metodológica. No existe un acuerdo acerca del ‘problema’ por resolver. Su manera de abordar algunas áreas centrales de la disciplina la asemeja a la matemática; muchos economistas se enorgullecen de practicar la ‘física de las ciencias sociales’; la disciplina defiende celosamente su papel de árbitro de los medios y los fines de las políticas públicas e incursiona en el terreno de otras ciencias sociales, lo que se conoce como imperialismo de la economía.

LA CRÍTICA AL ESPEJISMO DE LA FÍSICA

En una conferencia que pronunció en el Externado, en 1984, Bejarano señaló que

los economistas a menudo tienen la pretensión de que si la economía se asemeja a la física en su arquitectura conceptual, ello le confiere el mismo poder de transformación que ésta tiene. No siempre ‘saber es poder’ en términos del conocimiento científico y pienso que éste es un punto sobre el cual vale la pena reflexionar. Hace unos años, Hayek advirtió sobre lo que él denomina ‘el perjuicio científico’, definido como una pretensión falsa acerca de lo que las ciencias pueden lograr; para el caso de la economía, por la arrogancia del conocimiento basado en una similitud superficial de procedimientos teóricos con los vigentes en las ciencias físicas [Bejarano, 1984, 36].

Esa aseveración quizá parezca exagerada; en realidad se queda corta frente a lo que diría Gerard Debreu seis años después en su alocución presidencial de 1991 ante la Asociación Económica Americana, “La matematización de la teoría económica”. En un discurso carente de ironía, Debreu celebró las conquistas metodológicas del enfoque matemático. Comienza señalando que:

En el período anterior a las últimas cinco décadas, la física teórica era un ideal inaccesible que la teoría económica se esforzaba por alcanzar. En ese período, este esfuerzo se convirtió en un gran estímulo para la matematización de la teoría económica [Debreu 1991, 2].

Luego señala con orgullo algunas consecuencias. Para entender cualquier desarrollo de la teoría económica en 1940

casi siempre era suficiente la preparación básica del pregrado en matemáticas. Hoy, se requiere una *formación de posgrado en matemáticas*. Si en vez de ser imitador, se quiere ser un participante activo en las líneas más técnicas del desarrollo de la teoría, se requiere un alto grado de *profesionalismo en matemáticas* [Debreu 1991, 2, énfasis añadido].

La naturaleza del trabajo teórico ha sufrido un cambio paralelo. La economía ha avanzado tanto —según él— ique se puede dejar atrás el razonamiento económico!

En su forma matemática, la teoría económica está abierta a la búsqueda eficiente de sus errores lógicos. El rigor que se ha alcanzado contrasta fuertemente con los estándares de argumentación que eran aceptables a finales de los años treinta. Pocos artículos publicados por *Econometrica* o la *Review of Economic Studies* en ese entonces habrían superado la prueba ácida de *eliminar toda interpretación económica y dejar que su infraestructura matemática se mantuviera por sí misma*. La mayor solidez lógica de los trabajos recientes ha contribuido a la rápida construcción de la teoría económica en los últimos tiempos [Debreu 1991, 2, énfasis añadido].

La habilidad matemática es el buen camino para ascender en la jerarquía de la economía:

Varios miembros de los 13 departamentos de economía antes mencionados eran reconocidos como *matemáticos* durante su doctorado; cuatro de ellos fueron directores de esos departamentos en los últimos 25 años [Debreu 1991, énfasis añadido].

De estas referencias se puede inferir que la formación económica no sólo es accesoria, sino que puede ser un obstáculo para entender la disciplina. Para Debreu, todo lo que no es formalizable es un estorbo, como lo demuestra la relación entre la física (ciencia empírica) y la matemática (sistema cerrado), no del todo satisfactoria para él. La relación especial entre la física y la matemática tuvo grandes ventajas para ambas. Sin embargo, observa con preocupación que aun en la física hay manifestaciones de indisciplina ante la matemática.

Pero la física no se sometió totalmente a la presión de las matemáticas y a la compulsión al rigor lógico que le es inherente. Los resultados experimentales y las observaciones factuales que son la base de la física, y que sirven para comprobar permanentemente sus construcciones teóricas, a veces llevaron a que su sólida justificación transgrediera deliberadamente las reglas de la deducción matemática [Debreu 1991, 2].

La física resuelve sus problemas de contrastación mediante métodos experimentales. El problema de la economía —según Debreu— es su pobreza, no intelectual, sino material. Ésa es la única limitación para llevar a cabo un ejercicio comparable y, por tanto, debemos resignarnos al ‘económico’ método deductivo:

la teoría económica no pudo seguir el ejemplo de la física en esta dirección. Al lado de la herramienta más costosa de la física, [un acelerador de partículas], cuyos costo de

construcción estimado es de un orden de 10^{10} dólares, los experimentos de la economía son excesivamente baratos. Al negársele una base experimental suficientemente segura, la teoría económica debe ceñirse a las reglas del razonamiento lógico y renunciar a la conveniencia de la inconsistencia interna. Una estructura deductiva que tolera una contradicción interna corre el riesgo de ser inútil.³

Su razonamiento sigue, quizá inconscientemente, el de Robbins. La estructura teórica de la economía es muy cercana a la de la física. Si no tiene igual sustento empírico, es por culpa de circunstancias ajenas a su voluntad, que para Debreu se reducen a un puñado de dólares (o a muchos, aunque eso no cambie la sustancia del argumento) que nunca estará disponible, por razones que la misma economía explica. Esta falta de recursos lleva a desconocer, en la formulación teórica, la exigencia de que las proposiciones sean contrastables. Establecer condiciones imposibles de cumplir es situarse en el campo de los sistemas cerrados de Berlin, o sea de los que no requieren constatarse con la realidad empírica. La analogía no es ya con la física sino con la matemática pura.

Esta particular forma de utilizar las matemáticas en el método económico tiene consecuencias importantes para el tipo de problemas que aborda la disciplina. En palabras de Bejarano

hay suficiente literatura que muestra que la forma en que la economía se va construyendo con miras a demostrar la existencia del equilibrio general, no es más que la justificación intelectual, si se quiere, de un universo económico que funciona como las leyes del universo tal como las describía Newton, es decir, armoniosamente, regularmente, sin contradicciones y sin conflictos... La consecuencia de tal pretensión es el abuso de los modelos formales, el abuso de las matemáticas, la exageración de la capacidad analítica de las matemáticas para explicar los fenómenos económicos. En realidad el programa walrasiano y su correlato, el proceso de formalización y fiscalización, nos llevó a la presunción de que resolviendo problemas matemáticos estábamos resolviendo problemas económicos, por lo que terminamos en una gran equivocación. Lo que han venido haciendo los economistas matemáticos en los últimos cuarenta años no son soluciones a problemas económicos sino...a problemas provistos por la lógica de la estructura matemática [Bejarano 1996-1997, 5-6].

Dos ejemplos de esta tendencia son la teoría del equilibrio general, en microeconomía, y la teoría del crecimiento, en macroeconomía.⁴ En ambos casos, la gran mayoría del trabajo que se realiza tiene características que hacen imposible su

3 Este argumento hace caso omiso del hecho de que la recolección de estadísticas ha seguido de cerca los avances de la teoría económica (pensemos en la economía keynesiana y las cuentas nacionales o en el trabajo de Sen y los indicadores de desarrollo humano), con un gran costo, y de que el costo de recolección y procesamiento de los datos pertinentes para la teoría económica (a nivel de empresas y de gobierno) es muy superior a los presupuestos que envidia Debreu. No considera un problema más fundamental, el ético. ¿Se puede experimentar con seres humanos del mismo modo que con partículas subatómicas? [Debreu 1991, 2].

4 Ver la discusión acerca de la teoría del equilibrio general en Blaug [1992, cap. 8].

contrastación empírica. No obstante, una y otra gozan del mayor prestigio en el programa científico de la corriente principal. Por ello, una elevada proporción de la literatura es teoría sin datos: el 50 por ciento, según un censo de los trabajos publicados en la *American Economic Review*, realizado por Leontief, que Bejarano citaba con frecuencia [Bejarano, 1981, 16 y 1996-1997, 7].

La postura crítica de Bejarano ante la matematización de la economía en ningún momento implica un rechazo a que la disciplina la utilice en forma apropiada.

De hecho, la formalización matemática, como cualquier otra técnica, es legítima en cuanto ayuda a la precisión, o a hacer más clara la exposición de enunciados, pero no es en sí misma más científica que una disertación económica en versos alejandrinos [Bejarano, 1984, 40-41].

En otras palabras, es posible decir boberías en el lenguaje simbólico de la matemática. Bejarano, como muchos economistas colombianos contemporáneos suyos, tuvo una formación académica que hizo menos énfasis en la matemática de la que es usual en los Estados Unidos o en Europa. Además, tuvo el ejemplo vivo de un gran economista, Lauchlin Currie, cuyas contribuciones a la teoría se expresaron en razonamiento verbal. Pero siempre afirmó que el peor argumento en contra de las matemáticas era la propia ignorancia. Sus críticas a la tendencia matematizadora de la corriente principal tenían otros fundamentos, de índole epistemológica: las fallas en el uso de la técnica de construcción de modelos y en uso de los supuestos, el abuso de la econometría y los pecados de omisión.

En cuanto al primero, Bejarano reconoce que el objeto de estudio de la economía y de las demás ciencias sociales es cualitativamente distinto del de la física. Y se apoyaba en la teoría de los fenómenos complejos de Hayek:

los procesos sociales y económicos poseen una 'complejidad organizada' (más exactamente, un 'caos organizado') en la que el carácter de la estructura que las representa depende no sólo de las propiedades de los elementos individuales que lo componen sino de la forma en que éstos se conectan entre sí. Esto plantea dificultades mayúsculas no sólo para la conceptualización (por ejemplo, en el orden de la causalidad) sino para la medición [Bejarano 1984, 40].

Además, los seres humanos aprenden, a diferencia de las partículas subatómicas, y esto limita las posibilidades de extrapolación, la cual es esencial en muchos modelos. Bejarano llamó la atención sobre la frecuente falta de claridad en el uso de los supuestos, y la confusión de muchos economistas acerca de la muy distinta naturaleza de los supuestos simplificadores, generalizadores y axiomáticos. Frente al célebre argumento de Friedman, según el cual el realismo de los supuestos es irrelevante porque lo importante es la capacidad predictiva de los modelos, recordó que la gran debilidad de la economía es, justamente, la de sus exiguos resultados en este campo [Bejarano 1984, 43]. Si a ello se añade el hecho de que la teoría no es realista, el panorama es desolador [1996-1967, 8].

Bejarano consideraba necesaria una mayor modestia epistemológica en el razonamiento teórico y en la construcción de modelos, un punto de vista coincidente con el de Varian [1993] y Krugman [1994]. En su examen del papel de la teoría en la economía, Varian afirma que la economía es en esencia una ciencia de políticas —*a policy science*— y que la valoración de aquella debe tomar en cuenta su contribución efectiva a mejorar la calidad de las políticas. Aunque es más optimista que Bejarano acerca del estado de la disciplina, argumenta que la teoría es útil porque suple, aunque parcialmente, las limitaciones de información que los economistas enfrentan en su trabajo.

En su bello ensayo “The Fall and Rise of Development Economics”, Krugman analiza por qué lo que él denomina la “alta teoría del desarrollo”, ejemplificada por el trabajo de Hirschman, se apartó de la corriente principal. Y atribuye ese hecho a que las técnicas necesarias para modelar el crecimiento en condiciones de economías de escala no existían en la década del cincuenta, cuando Hirschman escribió *The Strategy of Economic Development*. Hirschman —sostiene Krugman— no quiso sacrificar la riqueza de su pensamiento en el altar de la formalización. Si bien su ensayo es una vibrante defensa del uso de modelos en ciencias sociales, hace algunas advertencias metodológicas acerca de sus restricciones:

La elección de un modelo representa una mezcla de juicio y compromiso. El modelo debe ser algo que usted sabe hacer; es decir, usted está limitado por su técnica de modelaje. Y el modelo debe ser algo que usted puede construir dentro de su disponibilidad; tiempo, dinero y paciencia no son ilimitados. Puede haber una gran variedad de modelos posibles dentro de esas restricciones; cuál o cuáles usted escoja dependerá en buena medida de una conjetura educada. Y ¿cómo sabe usted si el modelo sirve? Nunca dará respuestas ciertas de la manera que la electrodinámica cuántica lo hace. En cierto momento, puede alcanzar una capacidad predictiva de utilidad práctica, como los inmensos modelos de predicción del clima que se corren en supercomputadores; en tal caso, el éxito predictivo es medible en dólares y centavos, y la mejora de los modelos se puede cuantificar. Sin embargo, en las etapas tempranas de una ciencia compleja, el criterio para calificar un buen modelo es más subjetivo: es bueno si tiene éxito para explicar o racionalizar algo de lo que usted ve en el mundo en forma inesperada [Krugman 1994].

Los modelos son útiles, pero no son la solución óptima. Este razonamiento es paralelo al que llevó a que Bejarano destacara la importancia del desarrollo del criterio o buen juicio y de la erudición en la formación de los economistas [1981, 17-18; 1984, 53-54].

El segundo tema de Bejarano, los peligros de lo que Blaug llamó “*cookbook econometrics*”, y Bejarano “datos sin teoría”, se puede ilustrar con la visión retrospectiva de Hirschman acerca de cómo llegó a escribir *The Strategy of Economic Development*. Hirschman había sido contratado por el Banco Mundial para que viniera a Colombia como asesor externo, y el Banco esperaba de él la

formulación de un ambicioso plan de desarrollo que definiría metas de inversión, ahorro doméstico, crecimiento y ayuda externa para la economía colombiana durante

los años siguientes. Esto, supuestamente, sería muy sencillo para cualquiera que dominara las nuevas técnicas de programación: al parecer había conocimiento suficiente, aún sin un estudio detallado de las condiciones locales, de los rangos probables de las relaciones de ahorro y de capital producto que junto con las últimas cuentas nacionales y balanza de pago arrojaría todas las cifras requeridas [Hirschman 1984, 90].

Pero esto fue precisamente lo que *no* hizo Hirschman, porque consideraba que un ejercicio heroico de ese género sería inútil y aun nocivo. En vez de eso, se dedicó a estudiar la realidad del país y de sus agentes económicos para identificar cómo funcionaban realmente las cosas. De allí se derivó su teoría del desarrollo.

El avance de las técnicas econométricas y la caída del precio real de los computadores ha seducido a la profesión económica y con frecuencia le ha impedido cumplir los requisitos mínimos de coherencia y *sindéresis* que impone el uso riguroso de un marco teórico. Esta tendencia es muy manifiesta en el país. Por ejemplo, la revisión de los "*working papers*" que publica el principal centro de investigación económica del sector público deja la impresión de que se dedica un ingente esfuerzo a demostrar verdades palmarias; algo así como matar zancudos con escopeta. En otros casos, las conclusiones son contraevidentes, por no decir absurdas; eso sí, justificadas por un sofisticado análisis cuantitativo. La práctica generalizada de "torturar a los datos para que confiesen" hace deseable adoptar la regla metodológica propuesta por Blaug: junto con la regresión que sí dio, siempre se deben publicar las que no resultaron.

El tercer indicio de Bejarano son los sacrificios de la reflexión económica en aras de la 'cientificidad', que afectan profundamente la relación de la economía con otras ciencias sociales. En sus palabras, la economía es apolítica, ainstitucional y amoral. El origen de estas tres exclusiones es, por supuesto, la redefinición de la ciencia económica de Robbins, el aspecto en que se apartó más radicalmente de la tradición de Mill y Wicksteed.

Según Bejarano, la economía, tal como la entiende la corriente principal, es apolítica, porque

el individualismo metodológico del programa walrasiano y la proposición positivista de la teoría económica [terminaron] por expulsar la política desde el punto de vista del núcleo y fue incapaz de tender un puente desde el punto de vista práctico [al] proceso político. Uno de los grandes defectos de la ciencia económica es que a pesar de que gran parte de los procesos sobre los que actuamos comprometen procesos de decisiones políticas, el análisis económico no sabe bien cómo involucrar la política en la economía, particularmente en lo que tiene que ver con decisiones que no son simplemente técnicas [Bejarano 1996-1997, 6].

Es ainstitucional

en la medida en que la teoría microeconómica y el programa walrasiano concentraron su atención en la asignación generalizada de recursos y no específicamente en los problemas del intercambio... es decir, construimos una teoría de los mercados donde no aparecen las instituciones de mercado por ninguna parte en las soluciones concretas del intercambio [Bejarano 1996-1997, 6].

Y es amoral

no en el sentido de inmoral, sino en el sentido de que la economía es incapaz de proporcionar un marco ético basado en conceptos de interés común, de interés público, derivados de la propia teoría económica, y no de criterios políticos e ideológicos [Bejarano 1996-1997, 6].

Los costos de vestir el traje de seda de la física sin dejar de ser mona son, entonces, la falta de realismo, la pérdida de pertinencia y, sobre todo, la irrelevancia.

La teoría económica se ocupa del 5 por ciento de la realidad, mientras no tenemos una teoría para el 95 por ciento de la realidad... todo el proceso de asignación de recursos es un proceso que descansa sobre el supuesto de la competencia perfecta... pero apenas el 5 por ciento de las actividades normales tiene competencia... A su turno parece imposible tener una teoría de asignación de recursos en condiciones no competitivas. De igual modo, es difícil aplicar la teoría de productividad marginal a condiciones no competitivas [Bejarano 1996-1997, 8].

Bejarano concluyó su ensayo "Los nuevos dominios de la ciencia económica" con una amplia agenda de investigación, que implicaba una reconstrucción de la disciplina. En su pensamiento, fue muy marcada la influencia de la obra de Kuhn, y en sus trabajos, los conceptos de 'ciencia normal', 'revolución científica' y 'paradigma' eran puntos de referencia obligados. Al trazar su mapa de los "nuevos dominios" de la economía, Bejarano expuso su visión de una revolución científica en proceso, la tercera en la historia de la economía; las dos anteriores fueron el paso de la economía clásica a la neoclásica y la irrupción del keynesianismo. Su agenda no era menos ambiciosa que la de Robbins.

Se trata de una reconstrucción sistemática y no de una explosión inconexa de teorías [Bejarano 1996-1997, 9]. La palabra inteligencia tiene como raíz la expresión latina *inter ligare*, interconectar. Es ése el énfasis que Bejarano deseaba para el desarrollo de su disciplina. Para él, la reconstrucción, que ya está en curso, sigue tres líneas de desarrollo: la redefinición de la macroeconomía, con una microfundamentación apropiada; la edificación de puentes con las demás disciplinas sociales; y el desarrollo de la vertiente institucional de la economía [Bejarano 1996-1997, 9]. Es irónico que John Stuart Mill tuviera en mente los mismos objetivos cuando habló de la necesidad de una "economía social" o de una "política especulativa", cuyo propósito fuera el de llegar a una teoría general de la sociedad.

La nueva formulación (o la vieja, pero renovada) ¿permite ubicar a la economía en alguna de las categorías de Berlin? Tal vez no. Quizá por eso, Hicks dio a uno de sus últimos ensayos el título "Una disciplina, no una ciencia" [Hicks 1983]. Pero el paradigma con el que se identificó Bejarano tiene al menos dos virtudes: la honestidad intelectual de reconocer que la disciplina que llamamos economía —"lo que hacen los economistas", según una definición coloquial pero acertada— no es idéntica a otras disciplinas pero guarda mucha relación con las demás ciencias sociales; y el juicio metodológico de que vale

más la curiosidad que la consistencia. “Nada humano me es ajeno” no sería una mala virtud para los economistas.

A MANERA DE CONCLUSIÓN: UNA OBRA INCONCLUSA

El asesinato de Bejarano fue una tragedia nacional. Fue también una tragedia para la disciplina económica en Colombia. Dejó truncada la ambiciosa agenda de investigación personal que se había propuesto.

Cuando murió estaba leyendo, pensando y escribiendo sobre temas que a su juicio eran menospreciados por la corriente económica predominante en Colombia: la ética, la retórica, las instituciones y el derecho entendido como un marco de la actividad económica [Bejarano 1999e]. Comentaba que una de sus últimas publicaciones era una aproximación al estado del arte de la ciencia económica desde la perspectiva de la sociología de la ciencia [Bejarano 1999a]. Y había emprendido una tarea similar para las demás ciencias sociales, en las que también era eminente. Dejó casi terminado el primer número de su última publicación periódica, la *Revista de Economía Institucional*.

Es demasiado pronto para hacer un balance de su legado intelectual. Se requiere más tiempo para decantar una obra vasta, diversa y densa. Quizá haya sido demasiado pesimista acerca de los logros de la corriente principal y demasiado optimista acerca de las posibilidades del nuevo paradigma que preconizaba. El afecto, el agudo sentido de pérdida —al menos en mi caso— me impiden tener la pretensión de la objetividad.

Sin embargo, hay algo palpable. Bejarano tenía el reconocimiento de la comunidad académica y un gran ascendiente sobre ella, como indica la acogida de su agenda para el desarrollo de la economía entre los investigadores colombianos durante los últimos años. Para hacer una analogía no abusiva con la física, no se ha perdido el *momentum* que él imprimió a la economía entre nosotros.

Para concluir, cito unas palabras suyas, a propósito de la evaluación de la enseñanza de la economía en Colombia: “Advertiré de antemano que no aspiro a ser científico, ni crítico, ni objetivo y me contentaría con ser solamente sensato” [Bejarano 1981, 13]. Lo fue, y aún más.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aubad, Rafael y Vásquez, Mauricio. 1999. “La consultoría económica: invitación a una discusión completa”, Bejarano [1999a, 209-248].
- Bejarano, Jesús A. 1981. “Estado actual de la enseñanza de la economía en Colombia”, *Revista Universidad EAFIT* 44, 7-20.
- Bejarano, Jesús A. 1984. “Los límites del conocimiento económico y sus implicaciones pedagógicas”, *Cuadernos de Economía* 6, 34-59, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1996-1997. “Los nuevos dominios de la ciencia económica, borrador para discusión”, manuscrito inédito.

- Bejarano, Jesús A., compilador. 1999a. *Hacia dónde va la ciencia económica en Colombia: siete ensayos exploratorios*, Tercer Mundo Editores, COLCIENCIAS y Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A. 1999b. "Evaluación del estado de la disciplina económica en Colombia: Un enfoque institucional", Bejarano [1999a, 3-49].
- Bejarano, Jesús A. 1999c. "La investigación económica en Colombia", Bejarano [1999a, 179-205].
- Bejarano, Jesús A. 1999d. "La profesionalización en economía", Bejarano [1999a, 249-277].
- Bejarano, Jesús A. 1999e. "El análisis económico del derecho: comentarios sobre textos básicos", *Revista de Economía Institucional* 1, 155-168.
- Bejarano, Jesús A., s.f. "Programa del curso de Epistemología, Universidad Externado de Colombia", manuscrito inédito.
- Berlin, Isaiah. 1962. "The Purpose of Philosophy", *Concepts and Categories*, PUP, Princeton, 1999.
- Blaug, Mark. 1997. *The Methodology of Economics, or How Economists Explain*, Cambridge.
- Debreu, Gerard. 1991. "The Mathematization of Economic Theory", *American Economic Review* 81, 1, 1-7.
- González, Jorge I. 1999. "La fetichización del currículo y la absolutización del libro de texto", Bejarano [1999a, 53-84].
- Hicks, John. 1983. "Una disciplina, no una ciencia", *Clásicos y modernos: ensayos sobre teoría económica*, 339-348, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- Hicks, John. 1979. "Las revoluciones en la economía", *Clásicos y modernos: ensayos sobre teoría económica*, 17-28, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- Hirschman, Albert. 1984. "A Dissenter's Confession: 'The Strategy of Economic Development' Revisited", *Pioneers in Development*, 87-111, The World Bank-OUP, Washington.
- Jalil, Munir y Salazar, Boris. 1999. "El estado de la investigación económica: del vacío a la comunidad virtual", Bejarano [1999a, 143-178].
- Jevons, William S. 1866. "Brief Account of a General Mathematical Theory of Political Economy", *Journal of the Royal Statistical Society* XXIX, 282-87.
- Krugman, Paul. 1994. "The Fall and Rise of Development Economics", Internet, <http://www.mit.edu/~krugman/>
- Mill, John Stuart. 1844. "On the Definition of Political Economy: and on the Method of Investigation Proper to it", *Essays on Some Unsettled Questions of Political Economy*, 120-164, segunda edición, Longman, Green, Reader and Dyer, Londres, 1874.
- Mill, John Stuart. 1873. *Autobiografía*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1939.
- Robbins, Lionel. 1935. *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994.
- Sanz de Santamaría, Alejandro. 1999. "Enseñanza de economía: aspectos pedagógicos y metodológicos", Bejarano [1999a, 89-142].
- Skidelsky, Robert. 1983. *John Maynard Keynes: Hopes Betrayed*, Penguin, Nueva York.
- Varian, Hal. 1993. "What Use is Economic Theory?", Internet, <http://netec.wustl.edu/WoPEc.html>.
- Wicksteed, Phillip. 1914. "The Scope and Method of Political Economy", *Economic Journal* 24, 1-24.